

GACETA MÉDICA DE MÉXICO

PERIODICO

DE LA

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA DE MEXICO.

QUIA NOMINOR LEO.

A PROPÓSITO DE LOS TRABAJOS PARA DESCUBRIR EL MICROBIO DEL TIFO PRESENTADOS Á LA ACADEMIA DE MEDICINA.

Hay cosas que por sabidas se callan, y así tambien hay verdades que, por muy sabidas, que por demasiado sabidas, por ésto precisamente, se olvidan y es necesario recordarlas y hasta gritarlas como una novedad, como si fuera la primera vez que se anunciaran.

Esto es lo que puede decirse con motivo de las experimentaciones que se han hecho en mayor ó menor escala por alguno ó algunos de los médicos bastante distinguidos que persiguen tenazmente al microbio del tifo, para optar el premio que el Gobierno concede al que descubra al agente patógeno de esa enfermedad.

La verdad á que hacemos alusión, la gran verdad, la que mejor que todo el mundo el médico sabe, la practica, y es como el A. B. C. de nuestro alfabeto, es la siguiente: la vida humana es sagrada; pero acontece en las ciencias como en todos los asuntos de la vida que, cuando se exageran los deseos, los propósitos, las aspiraciones, las intenciones, aunque sean de las mejores, más allá de lo justo, es muy fácil ir á dar á un camino vedado, sin pensarlo, sin quererlo, sin darse cuenta de ello, es decir, de una manera inconsciente y, sucede que entonces se encuentra el pretendiente, el buscador, el explorador, el experimentador, en una palabra, en una senda prohibida en la que tiene que cometer un desacierto, un desaguizado, desacierto ó desaguizado que puede alcanzar el tamaño de una monstruosidad que es, nada menos, lo que ha pasado con el experto, inte-

ligente, apreciableísimo y denodado campeón que en la campaña contra el tifo ha emprendido, con grandes sacrificios, estudios importantísimos, laboriosísimos, dignos de todo encomio bajo el punto de vista científico; pero reprochables, reprobables, censurables, que deben ser anatematizados, por la razón toral de falta de respeto á la vida humana.

Si es verdad que por una parte hay que aplaudir el celo del experimentador á que nos referimos, por descubrir lo que sería una maravilla, sólo comparable á una bendición del cielo para los infelices habitantes de este suelo impuro en el que están expuestos á cada momento á morir de tifo (lo que además de triste es vergonzoso porque esa enfermedad tiene su cuna en la inmundicia), también es verdad que no se debe olvidar ó hay que tener muy presente que *Il ne faut pas trop de zele* y que el fanatismo, hasta en las ciencias médicas, es decir, hasta para salvar al prójimo, es de consecuencias terribles contra las que cualquiera conciencia—y la conciencia médica en particular—se subleva y protesta con todas sus fuerzas; ideas éstas sugeridas por las pruebas á que fué sujetado un pobre hombre para inocularle el tifo.

Una pregunta muy sencilla, muy simple, muy natural, muy elocuente, puede servir más que todos los razonamientos para hacer comprender la enormidad de la imprudencia en que ha incurrido quien ha procedido tan erróneamente. La pregunta es ésta: si el que ha intentado inocular el tifo y lo consiguió, según afirma, hubiera visto sucumbir al sujeto en quien experimentó, ¿no es verdad que en el fondo del inmenso júbilo que pudiera ó pueda tener por un descubrimiento de lo más discutible, de lo más problemático de lo más ilusorio, en el fondo, decimos, de ese júbilo, no le roería toda su vida el remordimiento de haber privado directamente de la existencia á un semejante suyo, es decir, á un hombre á quien convirtió para sus experiencias en un vil animal como uno de tantos “*anima vili*” á los que sacrifica impunemente, y á los que con la mano en la cintura, con toda sangre fría, se les inmola en los laboratorios especiales en aras de la ciencia?

Nó, no es posible que pase desapercibido lo que la Academia de Medicina ha escuchado sin inmutarse, nó; por conseguir un triunfo desmedido, espléndido, el operador de que hablamos se

ha extralimitado, ha abusado de su posición de facultativo, como quien dice, de las facultades que su título profesional le concede y olvidó el precepto escrito en las tablas de la ley para todo el género humano y después por Hipócrates para los médicos, cuando dijo: *primum non nocere*; su altruismo excesivo lo llevó hasta cometer una aberración.

Necesario es, sí, trabajar; sí, con tesón, con ahinco, con constancia, desplegando todos los recursos del arte; pero siempre con la reflexión para no infringir las leyes naturales, con la sensatez por delante, y no obrar ciegamente y querer á toda costa avanzar atropellando lo que debe respetarse, atendido á aquella razón brutal (si se permite la frase) de *quia nominor leo*, lo que, aplicado al asunto que hemos tratado, se puede traducir así: porque me llamo médico.

Octubre de 1908.

J. VALENZUELA.

J. VÉRTIZ